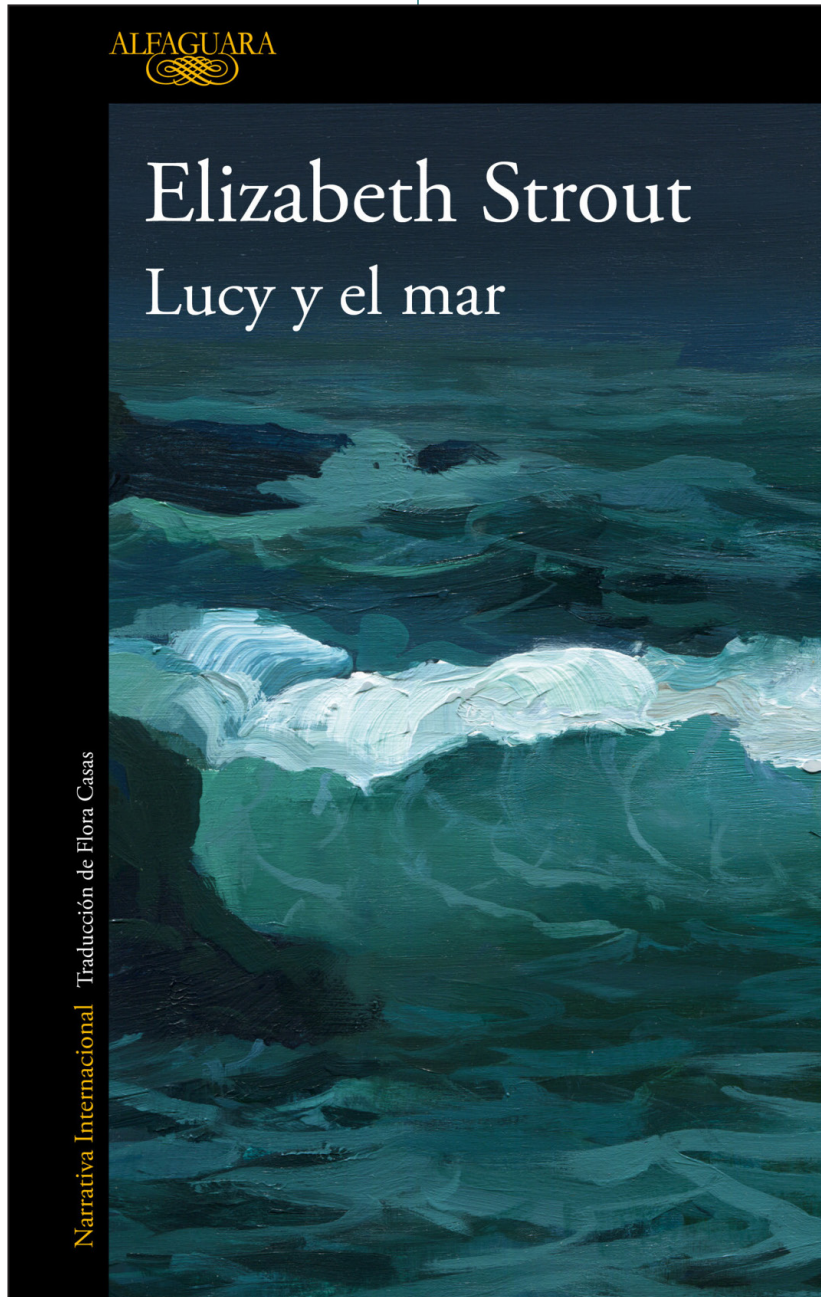




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

A medida que el miedo se apodera de su ciudad, Lucy Barton abandona Manhattan y se confina en un pueblo de Maine con su exmarido, William. Durante los siguientes meses quedarán ellos dos, compañeros después de tantos años, a solas con su complejo pasado en una pequeña casa junto a un mar impetuoso, una experiencia de la que saldrán transformados.

Con una voz imbuida de una «humanidad íntima, frágil y desesperada» (*The Washington Post*), Strout explora los entresijos del corazón humano en un retrato revolucionario y luminoso de las relaciones personales durante un periodo de

aislamiento. En el centro de esta historia se encuentran los profundos lazos que nos unen incluso cuando estamos separados: el dolor ante el sufrimiento de una hija, el vacío tras la muerte de un ser querido, la promesa de una amistad incipiente y el consuelo de un antiguo amor que aún perdura.

Elizabeth Strout, ganadora del Premio Pulitzer y el Premi Llibreter, con tres millones y medio de lectores, recupera a su icónica protagonista, Lucy Barton, en un libro hermoso, doloroso, irónico y profundo como las historias de Lucia Berlin o Alice Munro.

LA VOZ DE LUCY BARTON A TRAVÉS DE LOS AÑOS

Los lectores conocieron a Lucy Barton con *Me llamo Lucy Barton* y descubrieron la maravillosa voz de una mujer joven que, mientras se recuperaba en la cama de un hospital de Nueva York con vistas al edificio Chrysler, rememoraba lo precaria y frágil que fue su infancia. Aquella Lucy de treinta años veía cómo su matrimonio se desmoronaba y lloraba las distancias por sus dos pequeñas hijas.

En *Ay, William*, Elizabeth Strout retomó la voz de Lucy Barton treinta años después. Lucy Barton tiene 65 años, es una escritora de éxito y acaba de perder a David, su segundo marido, chelista en la Filarmónica de Nueva York. Sus dos hijas, Becka y Chrissy, son mayores y están casadas y William, su primer marido, está casado con Estelle, veintidós años más joven que él, y tiene una hija de diez años, Bridget. Han pasado varias décadas y Lucy y William son amigos, es más, William se apoya en ella como confidente.

LA HISTORIA DE *LUCY Y EL MAR*

En *Lucy y el mar*, Elizabeth Strout retoma el hilo de la relación de Lucy con William en el contexto de la pandemia de COVID. A principios de marzo de 2020, el exmarido de Lucy Barton, William, la llama para que se vayan juntos de Nueva York. Quiere alejarla de un virus que está paralizando la ciudad. Irán a una casa cerca de la playa en Maine, la casa de un amigo de William. Él le asegura que serán solo unas semanas, hasta que las cosas se calmen. Le pide a Lucy que se lleve su portátil y cancele sus citas. Lucy hace caso a William, deja su piso, Nueva York y toda su vida y se sube al coche con su exmarido. William parece saber más de ese virus que ella, sabe más que cualquiera de los que los rodean. Pasará mucho tiempo hasta que Lucy sea consciente de que lo que están viviendo es una pandemia. Amigos suyos morirán, no volverá a vivir en Nueva York, su vida será ya otra, será distinta. Como si del escenario de una novela distópica se tratase, a Lucy todo le extraña, le parece ajeno, hasta sus propios sentimientos acerca de la vida que está experimentando. Pero la pandemia es real, la COVID 19 ha hecho su aparición para ponerlo todo patas arriba. Lo más sorprendente de esta novela es que el lector asiste pági-

na a página a la crónica de algo que podría ser su propia vida. En ninguna otra novela como en esta, Elizabeth Strout ha contado la vida de la gente con tanta honestidad y cercanía.

Cuando William lleva a Lucy a Maine, el lector hace un viaje en el tiempo a su pasado más reciente: el tiempo oscuro del confinamiento, el drama de los muertos, las noticias terroríficas en el telediario, la idea de que el mundo iba a cambiar para siempre. Pero la escritura de Strout brilla en este escenario, un escenario de la intimidad. Si fue capaz de construir una novela magistral desde una habitación de hospital en *Me llamo Lucy Barton*, aquí vuelve a hacerlo en un pequeño pueblo rodeado de mar.

La pandemia no es el único tema político que está presente en la última novela de Elizabeth Strout, también aparecen las diferencias de clase que hizo patente la COVID, el movimiento Black Lives Matter, el asalto al Capitolio, todo ese profundo malestar de la sociedad estadounidense. Ahora más que nunca la infancia infeliz de Lucy y el contexto de pobreza en el que se crio cobran sentido en la trama que es su vida. Aunque es una escritora de éxito que hace giras promocionales por Europa y aparece con

frecuencia en televisión, sus orígenes la han dejado algo desconcertada ante el funcionamiento del mundo.

Lucy y William pasean solos o en compañía el uno de la otra, hacen la compra, hablan sobre sus hijas —cada una de ellas vive su drama particular— y se vuelven adictos a las noticias.

En esta novela, Lucy Barton es muy consciente de su entorno. Se siente algo sola, atraviesa a su manera todavía el duelo por la muerte de David, su marido, le pesa la idea de volver a Nueva York y saber que él no estará allí en su casa con ella. Sus hijas, que ya son adultas y responsables de sus vidas, tienen que lidiar con sus propias pérdidas: el marido de Becka quiere dejarla por otra mujer y se ven confinados en sus propias vidas y en su apartamento de Brooklyn. Y Chrissy ha tenido otro aborto que la hará replantearse su propio matrimonio. La vida de su madre, la vida de Lucy Barton funciona como espejo para ellas dos: les muestra todo aquello que no quieren ver de sí mismas. Lucy asistirá entre el desánimo y la compasión a las decisiones de sus hijas y a esa distancia que parece agrandarse y acortarse según las vivencias de cada una.

Lucy se siente sola en Maine. William está más cerca de su hermana, aquella hija que descubrió que su madre había tenido antes de que él naciera. William y su hermana se encuentran y comienzan una relación que da cierto aliento a sus vidas, una pieza perdida de un puzle. Y Lucy, de nuevo, asiste como espectadora. Todos parecen moverse, avanzar a su alrededor mientras ella los mira con los ojos abiertos. En la vida de ella aparecerá un nuevo amigo, una persona

que parece entenderla como nadie: Bob Burgess. Y eso, al menos de momento, supone cierta alegría en su cotidianidad.

En el centro de esta historia está Lucy y, como pequeños satélites girando a su alrededor, se sitúan las vidas y las historias del resto de personajes: Vicky, su hermana, que le confesará que ha descubierto a Dios y que guarda mucho rencor hacia ella, su hermano Peter que morirá del virus solo en la misma cama donde murió su padre muchos años atrás, Charlene Bibber, una mujer con la que reflexionará sobre el lugar que ocupan los cuidados en la vida de la gente. Lucy y Charlene se conocen en el banco de alimentos y aquel encuentro fortuito supone un lazo para ellas que las lleva a encontrarse con frecuencia en sus paseos y a conversar. Es curioso el detalle: Charlene se ocupa de limpiar las casas de personas que lo necesitan y una de ellas es Olive Kitteridge. Uno de los personajes más emblemáticos de Elizabeth Strout aparece aquí de manera casi anecdótica. Charlene le habla a Lucy de Olive, de su soledad y de su amiga Isabelle que está enferma y Olive va a verla cada día para leerle el periódico en voz alta. Olive puede resultar un curioso espejo para la propia Lucy.

La soledad, la tristeza y la confusión la llevarán a ver a William como algo más que su exmarido, un protector, un amante. Y otras puertas comenzarán a abrirse en su vida.

En esta última novela de Elizabeth Strout, la voz de Lucy Barton es más observadora que nunca, está más presente y es, si cabe, más desgarradora y honesta tanto con ella misma como en su percepción de todos los que la rodean.

EXTRACTOS POR TEMAS

LA PANDEMIA

Es curioso cómo la mente no asimila algo hasta que puede hacerlo.

Al día siguiente William me llamó para decirme que Jerry había muerto.

—Lucy, déjame sacarte de esta ciudad. No eres joven, y además estás muy flaca y no haces ejercicio. Estás corriendo un riesgo. Así que deja que te recoja y nos vamos. —Añadió—: Solo unas semanas.

—Pero ¿y el funeral de Jerry? —pregunté. —No va a haber funeral, Lucy. Estamos metidos en... Es un lío tremendo.

—Nos vamos de la ciudad, ¿adónde?

—Nos vamos de la ciudad.

Le expliqué que tenía varias citas, que

había quedado en ver a mi gestor y se suponía que iba a arreglarme el pelo. William dijo que llamara a mi gestor y adelantara la cita, que anulara lo de la peluquería y me preparase para marcharme con él en dos días. (p. 14)

Esto es lo que no sabía aquella mañana de marzo: no sabía que no volvería a ver mi casa. No sabía que una amiga mía y un miembro de mi familia morirían por el virus. No sabía que la relación con mis hijas cambiaría de una manera que jamás habría podido prever. No sabía que mi vida entera se convertiría en algo nuevo.

Estas son las cosas que no sabía aquella mañana de marzo mientras me dirigía al coche de William con la maletita de ruedas de color violeta. (p. 18)

Exactamente una semana después de llegar a Maine, llamé a un médico que tengo en Nueva York. Me da las píldoras para dormir y también las pastillas para los ataques de pánico, y lo llamé porque estaban a punto de acabármese y no dormía bien desde que me había enterado de que Elsie Waters había muerto. El médico ya no estaba en la ciudad, se había ido a Connecticut, y ese día me aconsejó que lavara la ropa al volver del supermercado. «¿En serio?», pregunté, y me contestó: «Sí». Le expliqué que seguramente sería William quien iría a la compra cuando termináramos la cuarentena, y me dijo que, en ese caso, William tendría que lavarse la ropa cuando volviera a casa.

No me lo podía creer. «¿En serio?», insistí, y el médico repitió que sí, que era igual que lavarse la ropa después de hacer ejercicio.

—Pero ¿cuánto tiempo crees que durará esto?

—Lo hemos pillado un poco tarde. Como un año, supongo.

Un año.

Esa fue la primera vez que sentí de verdad —de verdad— un profundo temor, y sin embargo la idea fue calando en mí muy lentamente, con una lentitud extraña, y, cuando le conté a William lo que había dicho el médico, se quedó callado y me di cuenta de que no le sorprendía.

—¿Tú ya lo sabías? —le pregunté.

—Lucy, ninguno de nosotros sabe nada.

Entonces empecé a comprender —lenta, muy lentamente me pareció— que no volvería a ver Nueva York durante muchísimo tiempo.

—Y deberías lavarte la ropa cuando vuelvas de la compra —dije.

William asintió con la cabeza, nada más. (p. 28)

LUCY Y WILLIAM JUNTOS DE NUEVO

Cuando estaba casada con David, él cocinaba la mayoría de las veces, y siempre procuraba dejarme algo de comer las noches en que él estaba con la Filarmónica. Al recordar cómo David metía la nariz en la nevera, sacaba un plato tapado y decía: «Mira, Lucy, esto es para que cenes esta noche», al recordarlo mientras observaba a William en la cocina, se me estremecía el alma. A veces tenía que darme la vuelta unos segundos y cerrar los ojos con fuerza.

William preparaba algo distinto cada noche. Hacía salsa para la pasta y chuletas de cerdo, hacía redondo de ternera y salmón. Pero también montaba un lío tremendo en la cocina y me tocaba a mí limpiar, cosa que hacía. Necesitaba muchos elogios por cada plato que preparaba —me di cuenta—, así que yo le ponía por las nubes. A mí me parecía que le ponía por las nubes, pero siempre preguntaba, incluso después de haberlo elogiado:

—¿Qué? ¿Te ha gustado? ¿Estaba bueno?

—Estaba más que bueno —contestaba yo—. Fantástico.

Y me levantaba a recoger y limpiar la cocina.

Comprendo que esto puede resultar difícil de creer, pero es verdad.

Cuando era pequeña no teníamos salero ni pimentero en la mesa. Éramos muy pobres, como ya he dicho, y sé que muchas personas pobres tienen salero y pimentero en su casa, pero nosotros no. Muchas noches cenábamos un trozo de pan blanco con melaza. Lo cuento porque hasta que fui a la universidad no me enteré de que la comida podía tener buen sabor. Éramos un grupo que se sentaba a la misma mesa en el comedor a la hora de la cena, y una noche me fijé en que el chico que estaba enfrente de mí, que se llamaba John, cogía el salero y el pimentero y los sacudía sobre el trozo de carne que tenía en el plato. Y yo hice lo mismo. (p. 39)

Fue en esa época cuando me di cuenta de que odiaba a William todas las noches, después de cenar. Por lo general, era porque me daba la impresión de que en realidad no me escuchaba. Sus ojos —cuando me miraba de pasada mientras yo hablaba— no parecían fijarse en mí, y me recordaba hasta qué punto era incapaz de escuchar. O de escuchar como es debido. Pensaba: ¡no es David! Y a continuación: ¡no es Bob Burgess! A veces tenía que salir de la casa en la oscuridad a pasear junto al mar, soltando tacos en voz alta. (pp. 52-53)

—«Llevo luto por mi vida» —me dijo alegremente un día William después de desayunar, varias semanas más tarde. Contemplábamos la lluvia estival sentados en el sofá.

—Eso es de Chéjov. ¿Cómo es que lo conoces? Me sorprende. Es de *La gaviota*.

William se encogió de hombros.

—Estelle y sus interminables ensayos. —Y repitió—: «Llevo luto por mi vida».

Tardé unos segundos en reaccionar. Sentados en el sofá, enfrente del mar, veíamos cómo la lluvia caía a raudales.

—¿Lo dices de verdad? —pregunté. Me volví a mirarlo.

—Claro que sí.

Le había crecido el pelo —aunque le clareaba por algunas partes—, y con el bigote de siempre, aunque no tan tupido, me resultaba familiar, pero también una versión mucho más vieja del William de antes. Pensé que habría dicho eso por lo de su próstata, pero solo dije:

—Cuéntame.

—Venga, Lucy. Es que, cuando me pongo a pensar en mi vida, pienso: ¿quién soy? Soy un imbécil.

—¿En qué sentido? —pregunté.

Y, curiosamente, empezó por hablar de su profesión.

—He enseñado a miles de estudiantes, pero ¿he hecho alguna contribución de verdad a la ciencia? No. —Abrí la boca, pero William levantó una mano para hacerme callar—. Y, en el plano personal, mira qué vida he llevado. (p. 157)

Y entonces —¡ay, Dios mío!— aparecieron nuestras hijas. Se dirigieron hacia nosotros, agitando los brazos como locas. «¡Mamá! —vocearon—. ¡Mamá!», gritaron a voz en cuello, y la gente se volvía a mirarme. «¡Papá!». Se acercaron a nosotros chillando, agitando los brazos por encima de la cabeza, y yo no podía creérmelo.

No podía creérmelo.

Chrissy y Becka llegaron hasta la mesa —William y yo nos habíamos puesto de pie—, abrieron los brazos y los acunaron como abrazándonos, e incluso con las mascarillas vi que irradiaban felicidad.

Nunca he visto nada tan hermoso como esas chicas. Esas mujeres. ¡Mis hijas!

No paraban de reír, y William también estaba radiante tras la mascarilla cuando me miró.

—¡William! ¿Lo has preparado tú? —pregunté.

—Entre todos —contestó Chrissy—. Queríamos darte una sorpresa. (p. 177)

EL ASALTO AL CAPITOLIO

Cuando entré en casa después del paseo de la tarde hasta la cala el 6 de enero, la televisión estaba encendida y William dijo: «Ven a ver esto, Lucy».

Me senté con el abrigo puesto y vi a gente asaltando el Capitolio en Washington. Vi esa noticia con la misma actitud que los primeros días de la pandemia en Nueva York, quiero decir que no despegaba la mirada del suelo, y otra vez con la extraña sensación de que mi cabeza —o mi cuerpo— intentaba distanciarse. Lo único que recuerdo ahora es a un hombre destrozando una ventana, gente entrando a empujones en el edificio mientras la policía intentaba contenerla. Ante mis ojos flotaban distintos colores mientras veía a individuos trepando muros, todos al mismo tiempo.

«No puedo ver esto», le dije a William. Subí al dormitorio y cerré la puerta. (p. 187-188)

LUCY Y SUS HIJAS

Y allí estaban, mis preciosas hijas, junto al estanque de los patos, mis dos niñas. Pero en realidad nunca fueron mías, pensé mientras me dirigía hacia ellas, no más que podía serlo Nueva York. Estos pensamientos me pasaron por la cabeza. Chrissy y Becka levantaron la mano y me saludaron mientras yo bajaba por la pequeña cuesta. El sol volvía a brillar, aunque empezaban a formarse nubes. Ninguna de las chicas llevaba gafas oscuras, y yo me guardé las mías en un bolsillo del abrigo. Después de abrazar a las dos, se separaron para que yo me sentara entre ellas. Chrissy llevaba un vaso grande de cartón con tapa, supuse que de café. Dio un sorbito. Me pareció cansada.

Esperé.

—Bueno, ya lo sabes. Y, por cierto, Becka lo sabe todo. —Chrissy se irguió en el asiento y me miró—. Ayer fui a verlo.

—¿Y bien? —pregunté pasados unos segundos.

—Pues, mamá, que cometió un tremendo error conmigo. —Se pasó los dedos por el pelo—. Cuando le dije que no estaba segura de si quería seguir adelante con la historia, se puso furioso. ¡Muy muy enfadado, mamá! Furioso de verdad. Me dio... Francamente, me dio miedo y pensé: ¡ni hablar!

Me miró, con la boca entreabierta y los ojos muy abiertos.

—¿Y ya está? —pregunté. (p. 220)

—Nosotras hemos pensado... En fin, lo diré sin más. Nos preguntamos si papá no te habrá manipulado para ir a Maine a pasar la pandemia con el fin de que vuelvas con él y no tenga que estar solo nunca más.

—¿En serio? —Me sorprendió de verdad, y de pronto recordé que Lauren, la terapeuta de Becka, le había dicho hace años que William me había manipulado, aunque yo nunca lo había entendido—. Me llevó a Maine para salvarme la vida —repliqué—, y a vosotras os sacó de Nueva York con la esperanza de salváosla también.

—No, si sabemos que nos quiere —dijo Becka—. Y nosotras lo queremos a él. Pero ¿por qué te llevó a Maine y no a otro sitio? Probablemente por Lois Bubar, y le salió bien la jugada. Me recorrió un leve estremecimiento de alarma, porque yo había pensado lo mismo la primera vez que William vio a Lois.

—Ya sabes lo que dicen, que las mujeres sufren y los hombres reemplazan. —Luego, Becka añadió pensativa—: No estoy muy segura de que se pueda confiar en papá plenamente.

—¿En qué sentido, exactamente...? —empecé a preguntar. (p. 223)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Lucy y el mar* es el cuarto volumen de una serie, si habéis leído el primero de ellos, *Me llamo Lucy Barton*, donde la protagonista se pasa los días internada en un hospital, habréis seguido el hilo que une a estos libros, ¿cómo ha cambiado nuestra protagonista? ¿Cómo era la Lucy Barton de treinta años y cómo es la de sesenta y tantos?
2. Esta novela es la segunda parte de *Ay, William*, donde el exmarido de Lucy Barton obtenía un inaudito protagonismo. ¿Por qué creéis que Elizabeth Strout recupera a este personaje?
3. ¿Cómo creéis que ha evolucionado la relación entre Lucy y William? ¿Qué pensáis del matrimonio entre Lucy y William? ¿Cómo se sentía Lucy cuando estaba casada con él? ¿Por qué en *Lucy y el mar* parece que la voluntad de ella está supeditada a la de William?
4. ¿Cuánta influencia tiene la infancia humilde y precaria de Lucy Barton en su vida actual y en su manera de relacionarse con los demás?
5. ¿Cómo es la relación entre Lucy y sus hijas, Becka y Chrissy? ¿Por qué creéis que la culpan de tantas cosas?
6. ¿Pensáis que Lucy Barton volverá a escribir?
7. ¿Creéis que hay algo de autobiográfico en la idea de cómo se construye la voz autorial de Lucy Barton en esta novela?

8. ¿Os parece esta una buena novela sobre la pandemia? ¿Os ha interpelado el relato que hace del virus y del confinamiento que todos vivimos hace apenas tres años?
9. A propósito de William, ¿por qué creéis que trata de esa manera tan condescendiente a Lucy?
10. ¿Qué os parece la relación entre Lucy y Bob?
11. ¿Cuáles son los temas principales de esta novela? ¿Creéis que es una novela feminista?
12. ¿Qué papel ocupan los cuidados —cómo Lucy, por ejemplo, habla con Charlene, una mujer que cuida de Olive Kitteridge— en la novela?
13. ¿Creéis que la geografía —los paisajes de Nueva York, de Maine, de Illinois— tienen siempre protagonismo en las historias de Elizabeth Strout?
14. ¿Qué os parece el estilo que utiliza Elizabeth Strout en esta novela? ¿Cómo definiríais la voz de la Lucy Barton madura?
15. Es curioso ver la manera en que Strout traza magistralmente las correspondencias entre la vida de Lucy Barton en Amgash, Illinois y la de Olive Kitteridge en Crosby, Maine —otra de las sagas de Strout. ¿Qué creéis que comparten ambas protagonistas? ¿Cómo se comunica el estilo de Strout en las dos sagas?
16. ¿Qué os parecen los hechos históricos que Strout introduce en la novela: el movimiento Black Lives Matter o el asalto al Capitolio?

17. ¿A qué otros libros os recuerda la voz de Lucy Barton? ¿Conocéis alguna saga —trilogía, tetralogía— donde se siga la voz y la vida de una mujer a lo largo de varias décadas?

18. ¿Pensáis que puede haber un quinto libro que siga las andanzas de Lucy Barton en Maine a partir del momento en que decide volver con William? Puestos a imaginar, ¿cómo os gustaría que continuara la historia de Lucy? ¿Volverá a vivir en Nueva York?

LA AUTORA

© Leonardo Cendamo



ELIZABETH STROUT (Portland, 1956) es una novelista norteamericana autora de *Amy e Isabelle* (ganadora del Premio Art Seidenbaum de *Los Angeles Times* y del Premio Heartland del *Chicago Tribune*), *Quédate conmigo* y *Los hermanos Burgess*, así como de las exitosas sagas protagonizadas por Olive Kitteridge —*Olive Kitteridge*, ganadora de los premios Pulitzer, Llibreter, Bancarella y Mondello y que se convirtió en una aclamada serie

de televisión, y *Luz de febrero*— y por Lucy Barton —*Me llamo Lucy Barton*, *Todo es posible*, *Ay*, *William* (uno de los mejores libros del año según *The Times* y finalista del Premio Booker, con el que Alfaguara inició en 2022 la publicación de la obra de Strout) y, ahora, *Lucy y el mar*—. Además, ha sido finalista del Premio PEN/Faulkner y del Premio Orange. Actualmente vive entre Nueva York y Portland.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE LA AUTORA:

«Esta mujer que tanto me ha dado llenando mis horas de insomnio».

Elvira Lindo

«No es casualidad que Strout haya sido comparada con Hemingway. En muchos sentidos, lo supera».

Publishers Weekly

«Lo más valioso de Elizabeth Strout es la sutileza con que explora los recovecos de la condición humana».

Fernando Aramburu

«Es fácil comparar el mundo literario de Elizabeth Strout con el de Alice Munro o Lucia Berlin».

Pedro Antonio López Gayarre, *El Español*

«Una escritora elegante, eficiente y de alta sensibilidad: un seguro para cualquier lector exigente».

José María Guelbenzu, *Babelia*

«Hay escritores que tienen un don, añadido al que les permite regalarnos realidades inventadas, para dar forma a sus protagonistas. Elizabeth Strout es uno de ellos».

Inés Martín Rodrigo, *ABC Cultural*

«Una prueba de la grandeza de Elizabeth Strout es la habilidad con la que imbuye su prosa aparentemente transparente de un poder oscuro y subterráneo. Strout trabaja en el espacio del habla diaria, conjurando repeticiones, elipsis y saltos en el lenguaje de todos los días, y liberando una marea urgente que aparece de la nada, pero opera delante de nuestros propios ojos».

The New York Times Book Review

«Strout ha conseguido que ame a esta extraña mujer a la que nunca he conocido y de la que no sé nada. Es una escritora formidable».

Zadie Smith

«Strout da vida a lo ordinario con una fuerza extraordinaria. [...] Consigue que experimentemos no solo lo terrorífico del cambio sino también la terrorífica esperanza que acompaña al cambio: nos lanza a unas aguas turbulentas de las que salimos casi ahogados».

The New Yorker

«¿Cómo lo hace? ¿Cómo consigue generar este desasosiego [...]? Puro talento, supongo».

Carlos Zanón

«Elizabeth Strout es una de mis escritoras favoritas. La profundidad, complejidad y amor contenidos en estas páginas son un logro milagroso».

Ann Patchett

«Una escritura de esta calidad solo puede ser el producto de un compromiso con la capacidad de escuchar, de una perfecta sintonía con la condición humana, de una atención a la realidad tan precisa que trasciende el ámbito de la habilidad y se convierte en una virtud».

Hilary Mantel

«Strout es una cronista brillante de la ambigüedad y la delicadeza de la condición humana».

The Guardian

«Cada libro que escribe supera al anterior».
Maggie O'Farrell

«Las frases simples y directas de Strout aúnan continentes. ¿Quién mejor que ella puede transmitir la soledad, la inhabilidad para comunicarse y decir las cosas importantes? ¿Quién mejor que ella puede ilustrar el legado de una infancia imperfecta, de unos padres incapaces?».

The Boston Globe

«Tener acceso a los pensamientos más íntimos de Lucy Barton – y a los entresijos de un libro escrito por Strout – hace sentir a los lectores que han llegado a un lugar seguro. Sabemos que estamos en buenas manos».

NPR

SOBRE *LUCY Y EL MAR*:

«No solo he amado *Lucy y el mar*: la necesitaba. [...] Tal vez la mejor de las cuatro maravillosas novelas protagonizadas por Lucy Barton».

Priscilla Gilman, *The Boston Globe*

«Delicada y elíptica. [...] Una prosa elegante y engañosamente ligera».

The New York Times Book Review

«Conmovedora y sombría, [...] maravillosamente escrita, tierna sin ser empalagosa, la nueva novela de Strout logra abarcar el amor y la amistad, la alegría y la ansie-

dad, el dolor y los agravios, la soledad y la vergüenza, y una sensación de creciente inquietud. [...] Su comprensión de la condición humana no tiene límites».

NPR

«Un libro fino, bellamente comedido y que estalla de emoción».

Vogue

«Con una prosa limpia e inimitable, Strout explora nada menos que el amor, la soledad y lo que significa estar vivo».

Entertainment Weekly

«Strout no puede renunciar a sus seres queridos y su asombrosa productividad deleita a sus devotos lectores. [...] Flota una generosidad insistente en sus libros, así como una moderación que oscurece la complejidad de su creación».

The Washington Post

«Strout ha construido un apreciado mundo literario y ahora regresa con Lucy Barton, su personaje más delicioso y peculiar. [...] Por esta conmovedora novela vale la pena pasar un poco de claustrofobia».

Hollywood Reporter

«Llena de empatía y emoción, *Lucy y el mar* es una novela relevante y significativa que explora la sabiduría que conlleva el envejecimiento, la belleza de los días tranquilos, la profunda alegría de reconectarse con los hijos adultos y el consuelo de un viejo amor duradero. Como siempre, Strout escribe con una voz sobria, cristalina y penetrante y capta con claridad la resiliencia de sus personajes, documentando exquisitamente la fragilidad y la fuerza del corazón humano mientras navega por el amor, la pérdida, el anhelo, la soledad y la esperanza».

AARP's The Ethel

«Entusiasta y llena de esperanza: entre los muchos placeres de este libro prevalece la sensación de que Strout se lo pasó en grande escribiéndolo».

Portland Press Herald

«Te deja sin aliento. Muy satisfactorio».

People

«*Lucy y el mar* tiene una inmediatez agri-dulce, como si Strout se hubiera puesto a trabajar el día que Tom Hanks anunció que había sido infectado, pero se las arreglara para mantener el Covid en el asiento trasero. Lucy Barton está al volante y William de copiloto empuñando una escopeta, pero la voz de Strout sale por el tubo de escape. [...] Strout ha construido un universo de personajes defectuosos, malhumorados y vulnerables, en su mayoría de Maine y Nueva York. El retrato de Strout de una pareja divorciada unida por la preocupación hacia sus dos hijas ilumina un ángulo refrescante e inexplorado del Covid. Lucy y William saltan de una página a otra de la mano del ingenio salado de su creadora, con el aroma fantasma de desinfectante de manos de fondo».

The New York Times

«Strout es una escritora maravillosa que retrata la experiencia del envejecimiento y las emociones de la vida diaria con una empatía y una calidez poco comunes».

AARP

«Otra entrega de Barton que confronta los enredos profundos y familiares de las relaciones íntimas [en los que] se sondan los matices de la conexión humana».

Time

«No es ningún secreto que Elizabeth Strout es una escritora impresionante, pero sigue sorprendiéndome la profundidad que aporta al mundo gracias a sus historias sobre Lucy Barton».

Taylor Jenkins Reid, *The Week*

«Strout vuelve a la escena este otoño con una historia de lo más oportuna: [...] una oda al amor y la pérdida que hará resurgir los sentimientos de aislamiento, reforzados con mucho amor».

Zibby Owens, *Good Morning America*

«Otro tomo cautivador de la serie de Lucy Barton del que emerge un testimonio excelente de la resistencia de los personajes. Con Lucy Barton, Strout continúa extrayendo agua de un pozo profundo».

Publishers Weekly

«Conmovedora y perfecta. [...] Nos anima incluso cuando el mundo parece desmoronarse».

BookPage

«Veraz y enfática, [...] con descripciones vívidas y únicas. [...] Mientras los personajes lidian con la culpa y la vergüenza de su pasado, esta novela celebra el azar de encontrarse».

Associated Press

«Rica en detalles, sabia y maravillosa».

AARP

«La honestidad de Lucy y la voluntad de Strout para mirar la realidad a la cara logra, como siempre, iluminar al lector».

Ploughshares

«Strout sabe que la honestidad comienza cuando las palabras se agotan. [...] *Lucy y el mar* supone otro inesperado y excelente fogueo de la escritora de ficción más sabia tomando la temperatura de la América de hoy».

Air Mail

«Como siempre, la prosa de Strout es elegante y desprovista de adornos. [...] Con una prosa nítida y sobria, transporta a los lectores a ese primer año de pandemia tan extraño en el que estábamos sin amarras y nuestras vidas estaban azotadas por la confusión, el miedo y, con demasiada frecuencia, la pérdida».

Houston Chronicle

«Un libro discreto y profundo sobre el duelo y la pérdida, —¡ay, tanta pérdida!— pero también sobre la amabilidad, la generosidad y la resiliencia. [...] Un recordatorio de cuán pequeño es el mundo y hasta qué punto estamos todos conectados».

The Minneapolis Star-Tribune

«Con su característica prosa sobria y cristalina, Strout vuelve a centrar su mirada exquisita y afinada en el funcionamiento interno del corazón humano. [...] Rica en empatía y emoción, *Lucy y el mar* captura vívidamente el miedo y las luchas que produce el aislamiento, así como la esperanza, la paz y las posibilidades que esos días largos y tranquilos inspiran».

BookReporter.com

«Strout destaca por sintetizar emociones humanas complejas en algo familiar y comprensible [y] *Lucy y el mar* se irgue como una historia atractiva y cercana en la que los lazos humanos de amor, por más revisados y raídos que puedan llegar a estar en una situación de crisis, siguen siendo la esencia de lo que nos hace sentir que importamos y pertenecemos a algo».

BookTrib

SOBRE *AY, WILLIAM*:

«Hay tanta humanidad íntima, frágil y desesperada en estas páginas que corta el aliento. Casi todas las frases llevan consigo la posibilidad de la revelación».

The Washington Post

«*Ay, William* confirma su talento para la epifanía heredado de John Cheever, en astuto tándem con la clínica y exacta observación de lo real de James Salter».

Rodrigo Fresán

«Cada libro suyo es esperado como agua de mayo. *Ay, William* es un paso más para esta heredera del realismo norteamericano de Lucia Berlin y Alice Munro».

Alberto Hernando, *Esquire*

«La profundidad de su voz emerge con más resonancia que nunca en la tercera entrega de esta trilogía. [...] Maestra de la psicología más íntima, Strout resuelve con agilidad una novela compleja, repleta de matices que van de la intimidad familiar a los asuntos más universales».

Jaime Cedillo, *El Cultural*

«Una maravilla. Delicada, profunda y transparente, una forma de narrar que hipnotiza».

Manuel Vilas

«Es un libro con mucha sensibilidad. Un canto a la vida, a la propia existencia y una novela testimonial. Es totalmente real todo lo que cuenta en ella. Nos ha encantado».

Carolina González (librería Méndez),
RTVE

«Una novela de nuestro tiempo. Magnífica, cruda, poética, narra la descomposición de los afectos en un tiempo marcado por el desapego y el escepticismo».

Rafael Narbona, *El Cultural*

«Una pequeña obra maestra que trata sobre las interioridades de una familia, el crecimiento de los hijos, los obstáculos que surgen a diario... Todo, envuelto en un alarde de sensibilidad que muestra una insólita capacidad para convertir la nimiedad en un canto a la vida».

Elle

